

Nueva insistencia en el placer del texto

Francisco Ruiz Noguera

*A Francisco Ruiz Cañedo
y Rosario Noguera García*

Bajo la dulce lámpara, un muchacho traza con el dedo rutas sobre las páginas de un libro: el Caribe, Veracruz, Puerto Príncipe, «el Mediterráneo dorado por la escama de los delfines», Esmirna, Alejandría, Estambul...

Muchacho infatigable, bajo la dulce lámpara,
tal vez buscaba una secreta dicha
apenas confesada en su interior.

Ese muchacho –ese *Antiguo muchacho*– es, ya saben, uno de los poetas mayores de nuestra lengua, Pablo García Baena; y yo releo una vez más ahora el libro en el que está el poema del muchacho que, bajo la dulce lámpara, mira y *lee* un libro: es un atlas, y, con el dedo navegante, entretiene su tiempo «en ilusorios viajes» mientras «un turbador perfume de aventuras / salpicaba de sangre el mar antiguo de los corsarios».

Me invitan a hablar de los libros en la cita anual de la fiesta del libro. Para mí supone una invitación en la que se juntan, por una parte, el gozo de entrar en el terreno de la pasión y, al mismo tiempo, el pudor de hablar públicamente de ella.

Eso han sido, y son, para mí los libros: una pasión que, incluso físicamente, desborda –en un desorden casi con vida propia– el espacio de mi casa, de manera que, en rigor, podría haber titulado este escrito como *El laberinto de las palabras* o –a la manera en que se titulan los distintos capítulos de cierta autobiografía reciente– como *Los libros y yo*; sin embargo, he preferido llamarlo *Nueva insistencia en el placer del texto*: un evidente guiño a dos libros de la década de los años setenta que, por razones distintas, fueron de especial intensidad para este lector.

Uno de ellos es de otro de mis más admirados poetas actuales, Francisco Brines, que en los versos de aquellas *Insistencias en Luzbel* (1977) hacía una profunda exploración poético-intelectual en el territorio de la nada como «límite final de toda experiencia»; en palabras de José Olivio Jiménez, es «tal vez la más incisiva y arriesgada aventura –verdadera hazaña verbal– de todo el trabajo poético de Brines».

El otro es el breve y muy influyente ensayo de Roland Barthes *El placer del texto* (1973). Nos habla allí Barthes de que la escritura es «la ciencia de los goces del lenguaje, su kamasutra», y hasta tal punto el disfrute de ese goce es extremo que rebasa los límites del pensamiento para hacerse somático porque «el placer del texto es el momento en que mi cuerpo comienza a seguir sus propias ideas –pues mi cuerpo no tiene las mismas ideas que yo». Evoca el ensayista una serie de centros de interés a los que ese placer está ligado: clásicos, inteligencia, ironía, delicadeza, euforia, maestría, seguridad, arte de vivir, cultura, y añade: «cuanto más cultura, más grande y diverso será el placer». Y nos habla de la idea de un libro en que todos los goces –los de la vida y los del texto– estarían entrelazados, un libro donde, en una misma operación evocativa, se «recogería la lectura y la aventura».

No deja de ser curioso, pero no es nada casual, que en los tres libros que llevo mencionados se repita el término *aventura*.

Un magnífico y reciente ensayo de Tzvetan Todorov lleva por título *Los aventureros de lo absoluto*. Se nos habla en él de cómo «la aspiración a la plenitud y a la realización interior se encuentra en el espíritu de todo ser humano, desde los tiempos más remotos». Es un libro sobre la búsqueda de la belleza («la belleza salvará al mundo», dijo Dostoyevski, «la belleza es verdad, y la verdad belleza», dijo Keats), un libro sobre la búsqueda de esa plenitud a través de un recorrido por la obra –con sus respectivas implicaciones vitales– de Oscar Wilde, Rainer Maria Rilke y Marina Tsvietáieva, «tres auténticos “aventureros de lo absoluto”» en tanto «no siguen caminos trazados sino que abren nuevas vías» y «no se detienen prudentemente a medio camino, sino que avanzan lo más lejos posible [...]. Son exploradores de lo extremo. Su experiencia, sin parecerse a la del común de los mortales, resulta esclarecedora para todos».

Esa secreta dicha del poema de García Baena, la aventura de la indagación, en los versos de Brines, la búsqueda del goce por medio de la escritura, en Barthes y la exploración de lo extremo, en los aventureros de lo absoluto que Todorov propone son los mimbres que están en la base del placer del texto, de la pasión por la lectura y por los libros.

Abrir un libro es –debe ser– el comienzo de una aventura, la puerta de entrada a mundos que ensanchan y enriquecen nuestro mundo, que nos llevan a una forma de mirar tal vez distinta de la nuestra pero complementadora –tanto en lo real como en lo imaginario– de la configuración del mundo nuestro y que, en definitiva, nos llevan a la conquista de nuevos espacios de libertad: «Los libros hacen libre al que los quiere», decía, en el siglo XVII, el rondeño Vicente Espinel en la *Vida del escudero Marcos de Obregón*.

Es un derecho para el ser humano entrar en el mundo de esa aventura, entrar en el mundo de los libros, una de las principales vías del conocimiento, porque, además de que cada uno de ellos nos irá mostrando sus propias maravillas, es tal la solidez y coherencia de ese mundo, son tales las redes que en él están entrelazadas que un libro nos llevará a otros como en racimo de cerezas entrelazadas, como en sistema de vasos comunicantes, sustentado, unas veces, en una especie de código de remisiones internas deliberadamente puestas allí por sus autores, otras en afinidades de carácter formal o genérico, otras en ideas compartidas bien por débitos con una tradición concreta de la que se nutren y a la que homenajean, bien, como decía William Faulkner cuando le hablaban de la influencia de James Joyce en su obra –sin haberla él leído– porque «a veces hay un polen de ideas flotando en el aire y estas fertilizan las mentes», *polen de ideas* del que, en un espléndido ensayo de igual título, nos ha hablado el profesor y académico Darío Villanueva. Sobre esa comunión de libros diversos, dejó dicho T. S. Eliot, en su ensayo de juventud *El bosque sagrado*, que la literatura es una realidad que no tiene fronteras, ni espaciales ni temporales: «Todos los autores de todas las épocas y de todas las lenguas son contemporáneos entre sí y, en cierto modo, son compatriotas entre ellos mismos y de los que los leen».

La entrada en ese mundo supone entrar en un diálogo íntimo de carácter atemporal y atópico: desde mi tiempo entro en otros tiempos, desde mi lugar entro en otros lugares.

Del carácter personal e íntimo de esa experiencia (como aquel antiguo muchacho, bajo la dulce lámpara) nos hablan los propios libros, los ejemplos están en nuestros clásicos del Siglo de Oro: el severo y punzante Quevedo inicia así uno de sus sonetos:

Retirado en la paz de estos desiertos,
con pocos, pero doctos libros juntos,
vivo en conversación con los difuntos
y escucho con mis ojos a los muertos.

En la misma línea, estos versos de su rival, el desdeñado, desdeñoso y brillante Góngora:

Con pocos libros libres (libres digo
de expurgaciones) paso y me paseo,
ya que el tiempo me pasa como higo.

Con más serenidad estoica, en la *Epístola moral a Fabio*, escribe el capitán Andrés Fernández de Andrada:

Un ángulo me basta entre mis lares,
un libro y un amigo, un sueño breve,
que no perturben deudas ni pesares.

Y entre los clásicos contemporáneos, Juan Ramón Jiménez, que ya había alcanzado su etapa de depuración y pureza, nos deja en el libro *Piedra y cielo* la intensidad de este brevísimo poema sobre lo íntimo de ese diálogo que traspasa los límites de un lugar concreto:

Libro, ¡afán
de estar en todas partes, en soledad!

En gran medida, el descubrimiento y expansión del mundo a través de la lectura –la entrada a ese universo– no supone llegar a un mundo ajeno; es como entrar en una sala de espejos y entregarse a un reconocimiento. Los mundos que encuentro en los libros son mundos que estaban en mí, que estaban ya en el lector, y que las palabras de otros han venido a despertar de una especie de sueño, como las notas que en el arpa de la rima VII de Bécquer están «esperando la mano de nieve / que sabe arrancarlas», son parte de ese «Himno gigante y extraño» del que nos habla el poeta sevillano en su rima primera.

Si al franquear esa puerta que es abrir un libro, el lector no recibe la sintonía adecuada, cámbiese el dial hasta encontrar el himno que mejor convenga: todo, antes que renunciar al derecho del placer del texto, y nada más contrario a ese placer que la obligación de cualquier tipo o el imperativo de la moda. Tan vasto y múltiple es el universo de los libros (nuestro propio universo, en realidad, como personas) que cada uno hallará aquellos en los que reconocerse, porque los libros te hablan personalmente, a ti, en cada momento preciso en que lo desees.



Ya sabemos que un mismo libro puede hablar al oído de los lectores de manera diversa, incluso hablarle a un mismo lector de forma distinta en distintos momentos. Creo, por ejemplo, que no es el mismo el *Quijote* o el *Hamlet* de la adolescencia o la primera juventud que el *Quijote* o el *Hamlet* de la madurez, pero me temo que, si entonces no se adquirió la costumbre de abrir esas puertas, tal vez nunca tengamos la oportunidad de comprobar esto que digo. Y ese es un derecho al que ninguna persona debiera renunciar.

Desde luego, los que de ninguna manera renuncian al placer del libro, muy especialmente del libro como objeto, son los bibliófilos. En el siglo XIV, uno de ellos, el monje benedictino, obispo de Durham y canciller de Inglaterra, Richard de Bury, amigo de Petrarca, escribió el conocido

Philobiblon, muy hermoso tratado sobre el amor a los libros (1344), donde, apelando a la sabiduría, dice: «sin duda alguna, en los libros edificaste tu deseable tabernáculo», y donde da consejos –descendiendo hasta el detalle– acerca de «cómo se han de tratar y colocar los libros con pulcritud: en primer lugar, a la hora de abrir y cerrar los volúmenes hágase con tranquilidad y mesura, de modo que no se desaten con precipitada rapidez, ni, una vez acabada su consulta, se devuelvan sin atarlos debidamente. Pues se ha de cuidar mucho más un libro que un zapato».

La pasión por el libro como objeto ha llevado, como sabemos, a códices y ediciones de exquisita belleza a lo largo de la historia; no es cosa de detenerse ahora en los distintos soportes y formatos que el libro ha tenido, ni en el nuevo formato *e-book* que parece –desde una realidad presente ya– apuntar hacia el futuro (aunque, de hecho, el salto, al menos en cuanto a diseño, tampoco es tan arriesgado, más bien una vuelta a los orígenes: de la arcaica tablilla de barro cocido, a la moderna tableta electrónica), pero tal vez sí sea pertinente recordar, una vez más, una de las más notables manifestaciones recientes del cuidado en la edición artesana: la especial sensibilidad que, sobre todo en la edición de poesía, se ha tenido en Málaga desde que Emilio Prados y Manuel Altolaguirre, siguiendo los criterios juanramonianos de limpieza de página, inauguraron un estilo, en la década de los años veinte del pasado siglo, con sus ediciones de Litoral en la Imprenta Sur; estilo que luego tendría sus continuadores, en mayor o menor grado de relación con ellos, en Bernabé Fernández-Canivell y José Luis Estrada Segalerva y las ediciones de *Caracola* (con el maestro Andrade a pie de máquina), en algunas colecciones de Muñoz Rojas y Alfonso Canales, en Rafael León (todo un erudito y maestro en lo relativo al papel hecho a mano o papel de tina), en Ángel Caffarena, Bornoy e Infante, López Becerra, Inglada, los Peralto (Francisco, Carmen y Rafael, en su taller de calle Jaime Serrano), Cumpián y su *Árbol de Poe* o el heredero de los Andrade en las actuales ediciones de la Antigua Imprenta Sur, rescatada hace unos años por el Centro Cultural Generación del 27.

En fin, el mundo apasionante del objeto libro que llevó a un paisano nuestro, Serafin Estébanez Calderón, empedernido bibliófilo, a una enconada polémica con el número uno de la bibliofilia hispana del XIX, el influyente, liberal e ilustrado Bartolomé José Gallardo, de quien se sospechaba que era demasiado amigo de lo ajeno en lo tocante a posesión de ejemplares preciados. La cosa terminó en una serie de poemas satíricos; he aquí el que Estébanez dedica

A DON BARTOLO GALLARDETE
SONETO DE UN SU AMIGO ESTANTE EN LA CORTE DE S. M.

Caco, cuco, faquín, bibliopirata,
teneza de los libros, chuzo púa;
de papeles, aparte lo ganzúa,
hurón, carcoma, polilleja, rata.

Uñilargo, guarduño , garrapata;
para sacar los libros cabria, grúa,
Argel de bibliotecas, gran falúa,
armada en corso, haciendo cala y cata.

Empapas un archivo en la bragueta,
un Simancas te cabe en el bolsillo,
te pones por corbata una maleta

con tal que encierre libros, ¡so gran pilló!,
y al fin te beberás como una sopa,
llena de libros, África y Europa.

Así se las gastaban los apasionados bibliófilos decimonónicos.

Pero volvamos a la aventura que traíamos entre manos relativa a la entrada en el mundo de los libros.

Está claro que, en ese universo, todo quedaría incompleto sin la presencia del lector, mejor, sin la acción del lector, porque, en efecto, no se trata de una mera presencia: es la acción del lector la que completa el ciclo.

Hay una escuela de estudios críticos sobre la teoría de la recepción de textos literarios (la Escuela de Constanza: Hans Robert Jauss, Wolfgang Iser) en la que los lectores desempeñan un papel de claro protagonismo en el proceso, no solo como meros receptores pasivos. Cercano a este planteamiento está el Umberto Eco de la *Obra abierta* y de *Lector in fabula*. El profesor Ricardo Senabre, en su ensayo *Literatura y público*, considera que «la historia de la literatura adolece de una falta de investigaciones sistemáticas sobre el público como factor determinante no ya de éxitos y fracasos, sino de la propia estructura de algunas obras, e incluso de las técnicas de composición».

Años antes, la lúcida intuición de Borges, había glosado en «La flor de Coleridge» (*Otras inquisiciones*) la idea de Paul Valéry sobre la posibilidad de escribir una historia de la literatura sin mencionar ni un solo escritor porque tal historia debería ser la «Historia del Espíritu como productor o consumidor de literatura».

Las múltiples vidas que el libro guarda duermen en las estanterías para encarnarse y hacerse verdaderas en la lectura por la acción del lector: un acto de voluntad guiado por la necesidad, la curiosidad o el deseo de placer. Sobre esto escribí algunos poemas hace ya años, por ejemplo, este del libro *Pentagrama* (1987):

LIBROS

Puede dormir el mundo en anaqueles
y mostrar en el canto de sus lomos
la argucia del color
reclamando atención de la mirada.

La voz en el silencio de las tintas
aquilata su herencia para el tiempo
en que arranque la luz
el secreto que oculta cada hoja.

Solo aguardan la mano que deshaga
la tediosa quietud de su reposo;
el dedo que acaricie
y una vida larvada resucite.

Los inicios de la entrada en ese mundo tienen, la mayoría de la veces, guías concretos, son los *virgilio*s y *beatrices* que nos abrieron las diversas puertas de nuestro personal periplo, de nuestra *divina comedia* privada. Creo haber tenido suerte en este terreno y me van a permitir que recuerde, como homenaje, a algunos maestros inolvidables de la infancia y primera juventud, que es cuando creo que se forja la pasión por el placer del texto, así, entre la escuela en mi pueblo, Frigiliana, y la universidad, pasando por el instituto de Martiricos, tengo deudas, en este campo de la lectura, que recuerdo con nitidez: don Enrique Ginés, doña Elena Villamana, doña Julia Churtichaga, don Domingo Blanco, don José Mercado, doña Rosa Francia, doña Pilar Palomo, don Antonio García Berrio, que –aparte de lo reglado en los programas académicos– sucesivamente y sin sistema preestablecido, como quien entra en un bosque por explorar, me fueron descubriendo los caminos del romancero, de las antiguas leyendas épicas, de *Aminadab* y *Port-Royal* de Canales, de *Rojo y negro* y *La cartuja de Parma* de Stendhal, del *Diario* de Amiel, de *Manhattan Transfer* de John Dos Passos y *Guarnición de silla* de Grosso, de *El asno de oro* de Apuleyo y *El Satiricón* de Petronio, de *Bomarzo* de Mujica Láinez y *Paradiso* de Lezama, de *Miss Giacomini* de Miguel Villalonga y *La saga/fuga de JB* de Torrente Ballester, de la *Filosofía secreta* de Pérez de Moya y *Cobra* de Severo Sarduy, de *El jardín de los suplicios* de Octave Mirbeau y *El castillo de Axel* de Edmund Wilson...

Y junto a ellos –los maestros–, esa otra forma de magisterio, no menos potente, que es el intercambio de comentarios y recomendaciones con los amigos en esa etapa decisiva de la formación del lector: Antonio Martín, Diego Martín y José Antonio Antón, Antonio Garrido y Mariló Sierra.

Abiertas estas y otras muchas puertas por maestros y amigos realmente sustantivos, se fue trenzando a lo largo del tiempo la vía insustituible de los descubrimientos y hallazgos personales: *La realidad y el deseo*, *Fanto Fantini*, *La leyenda dorada*, *El ruido y la furia*, *Poemas saturnianos*, *Junio*, *Las flores del mal*, *Las tentaciones*, *Hojas de hierba*, *Ágata ojo de gato*, *El Papa verde*, *Dibujo de la muerte*, *El astillero*, *Fetario de homínidos celestes*, *Luciferi Fanum*...

Aventuras, en fin, para el reconocimiento de mundos que ya estaban –y dormían– en nosotros o para asomarse al abismo seductor de la extrañeza: *Viaje al fin de la noche* de Céline, *À rebours* de Huysmans, *Bajo el volcán* de Lowry... Y la aventura para el descubrimiento y la sorpresa de libros iniciales de escritores muy cercanos: *Elegía y no* de José Infante, *El doble del doble* de Justo Navarro o *La noche* de Antonio Soler.

No quiero olvidarme de otros guías benéficos, imprescindibles, en este recorrido: hemos entrado en autores de distintas lenguas sin necesidad de salir de la nuestra, ¿habrá alguien, entonces, que ponga en duda el lugar central –casi de coautoría– que los traductores tienen en toda esta aventura?, ¿qué hay de Enrique Díez Canedo, Julio Gómez de la Serna, Fernando Fortún, Rafael Cansinos Assens, Emilio García Gómez, Manuel Álvarez Ortega, Ángel Crespo, Carlos Pujol, María

Teresa Gallego Urrutia o Miguel Sáenz, por citar solo a diez históricos españoles de distintos momentos de los siglos XX-XXI?, ¿habríamos tenido el placer de muchas de nuestras lecturas sin su trabajo y el de muchos otros? También ellos son parte de nuestros libros.

«Esto no es una novela sino la purga de mi corazón», decía Cela en cita preliminar a *Oficio de tinieblas 5*. Y esa purga es la que el lector revive y comparte cuando abre el desolador y lírico *Mortal y rosa* de Umbral; o el bálsamo benéfico de compartir la celebración cuando abre *Don de la ebriedad* de un prodigioso Claudio Rodríguez.

Esos libros leídos no son ya libros ajenos, están ya en nosotros; podemos hacer nuestros los versos del ciego Borges en *La rosa profunda*:

Mis libros (que no saben que yo existo)
son tan parte de mí como este rostro
de sienas grises y de grises ojos
que vanamente busco en los cristales.

Llego al final de este breve relato de la gran aventura del lector y los libros. Como dijo el ya mencionado Richard de Bury en su *Philobiblon*:

Los libros son los maestros que nos instruyen sin varas ni palmetas, sin gritos ni cóleras, sin vestido ni dinero. Si te acercas a ellos nunca duermen; si les preguntas no se esconden; no murmuran reproches cuando te equivocas ni se burlan de ti cuando algo ignoras. ¡Oh libros, los únicos liberales y libres, que daís a todo el que pide y concedéis la libertad a todo el que os sirve con diligencia. [...] Vosotros sois el árbol de la vida, y el río de cuatro brazos del Paraíso, donde la mente humana se nutre y la aridez del entendimiento recibe humedad y riego.

Esta tarde, más que en este sesgo didáctico del bibliófilo Richard de Bury, he preferido detenerme en una *nueva insistencia* en el placer del texto porque creo que ahí está la clave de la pasión, y por eso me parece que todos podríamos suscribir estas palabras, nuevamente de Borges, con las que acabo: «Yo soy un lector hedónico; la lectura histórica puede ser necesaria para un comentario crítico, pero lo único que se debe pedir a los libros [...] es el placer y eso es lo más importante que la literatura puede darnos».

Texto inaugural de la XLII Feria del Libro de Málaga

Francisco Ruiz Noguera es poeta y profesor titular de Lingüística en la Universidad de Málaga